

Stoa

Vol. 4, no. 8, 2013, pp. 191-208

ISSN 2007-1868

EL ENCADENAMIENTO DEL HITLERISMO Y SU DIMENSIÓN
BIOPOLÍTICA: HEIDEGGER Y LA CONFERENCIA DE ROMA,
DICTADA EL 8 DE ABRIL DE 1936

ANDROS ULISES SALDAÑA RODRÍGUEZ

Universidad Veracruzana

andros_usr@hotmail.com

RESUMEN: Pensar en los Estados como cuerpos vivos permite el planteamiento de la biopolítica, que implica medidas prácticas para afirmar la vida. En la procuración de la salud del cuerpo del Estado se llevan a cabo medidas tanatopolíticas, es decir, la garantía de la vida y salud por medio de la muerte. Esto sólo es posible a través de un encadenamiento de los individuos a un pensamiento como la filosofía del hitlerismo. Para tales efectos, el trabajo y apoyo intelectual de los pensadores resulta necesario. El caso de Heidegger es paradigmático en el sentido de que parte de su trabajo genera la duda sobre su apoyo intelectual para tales prácticas políticas.

PALABRAS CLAVE: Biopolítica · tanatopolítica · hitlerismo · encadenamiento

ABSTRACT: Think about the States as living bodies allows the approach of biopolitics, which implies practical measures to affirm life. In the administration of the health of the body of the State are tanatopolitical measures are held, in other words, the guarantee of life and health though death. This is only possible through the chaining of the individuals to a thought as the Hitlerism philosophy. To such effects, the intellectual work and support of the thinkers happens to be necessary. Heidegger's case is paradigmatic in the meaning that part of his work generates the doubt about his intellectual support for such political practices.

KEYWORDS: Biopolitics · tanatopolitics · hitlerism · chaining

El motivo del presente ensayo es entender el encadenamiento del hitlerismo desde una perspectiva biopolítica, para dentro de este marco interpretar la conferencia de Heidegger “Europa y la Filosofía Alemana” (2000, pp. 145-53). La propuesta del análisis biopolítico busca sentido para las acciones de un Estado o Nación en situaciones históricas determinadas, utilizando un discurso que incorpora metafóricamente vocabulario médico para ofrecer perspectivas nuevas sobre acontecimientos concretos que afectan la vida de quienes viven o vivieron en estas épocas. Esta búsqueda de sentido en los acontecimientos permite no sólo comprender de manera distinta los sucesos, sino poder encontrar indicadores que den cuenta de la anulación de la vida humana y posteriormente, prevenirla. En este caso, se revisa de manera concreta la llamada “filosofía del hitlerismo” y la relación que puede desprenderse de ésta con el pensamiento de Heidegger.

El orden será el siguiente: comenzaré por trazar un marco general a través de la noción de biopolítica planteada por Roberto Espósito, desde la cual es comprensible la acción política como una *tanatopolítica*, es decir, la exigencia de procurar la vida por medio de la muerte. En una segunda parte, reconstruiré la exposición de Emmanuel Lévinas sobre la filosofía del hitlerismo, citándole tanto a éste como a Miguel Abensur para entender en qué consiste el hitlerismo como encadenamiento; posteriormente, profundizaré, de la mano de Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, en la construcción del mito nazi, que en este caso, profundiza oportunamente lo ya expuesto con Lévinas. Con lo anterior, tomaré el caso de la conferencia titulada “Europa y la filosofía alemana” dictada por Martin Heidegger, con la finalidad de mostrar cómo es que un pensador lucha a favor de los intereses políticos desde su trinchera filosófica, y finalmente, ofreceré algunas conclusiones sobre lo expuesto.

Empezaré por demarcar el terreno de la Biopolítica, pues, a través de este, es como ofreceré el horizonte de comprensión sobre el cuál se hacen las preguntas sobre la filosofía del Hitlerismo.

1.

Espósito en las primeras secciones de su texto *Bíos, biopolítica y filosofía* (2006) indica una distinción entre los términos “biopolítica” y “biopoder”, entendiéndolo, en principio, a la biopolítica como “una

política en nombre de la vida”, y al Biopoder como “una vida sometida al mando de la política” (p. 26). El problema en el ejercicio de la biopolítica en tanto que “política en nombre de la vida” radica en que parecería que en el devenir de los Estados, Naciones o Pueblos, el asesinato aislado es digno de persecución y castigo, pero en el caso de que sean muchas las vidas terminadas puede formularse una situación en la que estos actos sean justificados, pues no es un individuo o un grupo disidente quien en última instancia tiene la responsabilidad de las masacres, sino el propio Estado que ejerce políticas para exterminar grupos de población. ¿Cómo es posible que en algunos casos sea lícito y en otros condenable el hecho de acabar con la vida?

De acuerdo a Espósito, para tratar con semejante problemática es necesario comprender las acciones políticas desde la perspectiva del *Bíos*, es decir, entender al Estado como un elemento vivo donde dichas medidas de asesinato en masa dejan de ser un problema de derechos humanos para volverse un asunto de inmunización y procuración de salud del Estado. ¿Cómo es posible que se establezca una relación donde la perpetuación de la Vida exija la muerte?

En el momento en que el *Bíos* se hace política, es decir, comenzar a hablar de biopolítica, empiezan a caer todos aquéllos (vidas concretas) que no entran en las normas de una Vida cuya identidad fundamental es una identidad étnica. Los otros son una enfermedad, una plaga que requiere ser exterminada. La relación con los otros se vuelve una relación de salud. La existencia de la Vida comienza a depender de la enfermedad, en el sentido de que para prometer que la vida prevalezca, aparecen perspectivas que exigen la extinción de todo aquello que se considera enfermedad:

[...] una vez establecida la nueva centralidad de la vida, compete a la política salvarla, pero [...] mediante un dispositivo antinómico que requiere la activación de su contrario. Para su propia conservación, la vida debe renunciar a algo que forma parte, e incluso constituye el vector principal, de su propia potencia expansiva, esa voluntad de poseer todas las cosas que la expone al riesgo de una retorsión mortal. En efecto: es cierto que todo organismo vital tiene en su interior una suerte de sistema inmunitario natural —la razón— que lo defiende del ataque de agentes externos. Pero, una vez comprobada su insuficiencia, incluso su efecto contraproducente, se lo debe sustituir por una inmunidad inducida, esto es, artificial, que lleva a efecto la primera y simultáneamente la niega: no sólo porque se sitúa fuera

del cuerpo individual, sino también porque tiende a la contención forzada de su intensidad primigenia (Espósito, 2006, p. 95).

El continuo de la vida, del Nacimiento a la Muerte se rompe surgiendo dos modos de existencia y vida antitéticos. Dichos modos de vida son imposibles de poner en común, pues desde una perspectiva que adopta un modo de verse a sí misma como un cuerpo biológico, para que la salud de un Estado se mantenga estable y en buenas condiciones, toda enfermedad, toda plaga o virus debe ser exterminado o removido, de lo contrario, la enfermedad del cuerpo del Estado progresa hasta matarlo. Surge una separación de lo que se considera el cuerpo de una nación, lo auténticamente nacional, lo propio del Estado, y lo otro, lo extranjero, lo que viene de fuera y no pertenece a él, lo que le enferma y perjudica.

Al mismo tiempo que pensamos en la afirmación de la Vida en sentido biológico, también hay que entender que esta afirmación implica poder, señalando que “el poder no es imaginable sino en términos de un organismo viviente” (p. 130). El ejercicio de poder no sólo es para someter, sino empleado también para procurar la salud, pues se corre en el riesgo de enfermedad, la cual sin duda lleva a la debilidad previa a la muerte y al riesgo de ser vencido:

Fuerzas y debilidades se enfrentan y se entrelazan en un nudo que no permite una distinción estable: lo que era una fuerza puede debilitarse hasta el punto de volverse su opuesto, como también una debilidad inicial puede adquirir en determinado momento el aspecto de una fuerza, al apropiarse de su poder (p. 148).

Teniendo una articulación entre Vida y poder, se cae en la necesidad de afirmar la vida por medio de la extinción de la enfermedad, en la búsqueda de procurar una salud. Y no es sólo el que exista una enfermedad atacando al cuerpo, sino que también existe como amenaza o probabilidad de contraerse, y se vuelve necesaria la pretensión de prevenirle. De ahí que para Espósito aparezca una tanatopolítica entendida como un ejercicio de poder necesario para un Estado que se siente enfermo o en posibilidad de enfermar. En el caso del Estado alemán, éste ha caído en una degeneración, que se previene matando el agente extraño en su ser:

Ya sea que la degeneración se difundiese por transmisión hereditaria o por contagio, lo que en cualquiera de los casos importaba era la construcción del dispositivo inmunitario apropiado para bloquear su difusión (p. 195).

Estos dispositivos, en la praxis política acaban por convertirse en los infames campos de concentración, medidas de esterilización y masacres que lamentablemente la historia conoce y recopila, no sólo en el caso de los alemanes, sino en muchos pasajes oscuros de diversas naciones.

En el caso de la Alemania nazi, se requiere de una limpieza e inmunización, la cual prevenga la degeneración de su ser y las posteriores enfermedades que le lleven a la desaparición:

[. . .] raza y vida son sinónimos en la medida en que la primera inmuniza a la segunda de los venenos que la amenazan. La vida, resultado del combate de las células contra las bacterias infecciosas, tiene que contar con el Estado para que la defienda de toda posible contaminación. La higiene racial es la terapia inmunitaria orientada a prevenir, o extirpar, los agentes patógenos que ponen en peligro la calidad biológica de las generaciones futuras (p. 206).

Esta concepción de biopolítica parece validar de manera torcida cualquier acción que se requiera para conservar un Estado sano, y le da un poder al Estado como institución para ejercer libremente una política sanitaria sobre los individuos. Es la autoridad para decidir sobre la vida humana: “Su cuerpo sin alma pertenecía al soberano. Pero el derecho soberano, en el régimen biopolítico, no es tanto la facultad de dar muerte como la de eliminar por anticipado la vida” (p. 234).

Espósito nos plantea pues, el escenario en el cual un estado en un régimen biopolítico está facultado para decidir actuar con políticas de inmunización, previniendo por una lado su degeneración y extinción, así como determinar si está infectado por agentes externos, los cuales pongan en riesgo su autonomía, el sentido de pertenencia de sus células puras y de lo que le es suyo. Dicho escenario, es sobre el cual se establece y puede funcionar una filosofía como la del hitlerismo.

2.

En su breve texto *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo* (2011), Lévinas define la filosofía del hitlerismo como un “encadenamiento”. Esta esencia funciona como *eidós* del nazismo y es la clave para entender cómo este pensamiento alcanza las dimensiones políticas y prácticas en las que se desenvuelve.

El hitlerismo se encuentra en una oposición total a la modernidad, pues la modernidad representa no sólo una racionalidad libre, sino una racionalidad que le puede ser común a todos, pues establece un espacio de igualdad a través de un mundo eidético que en cierto modo es democrático con leyes comunes a todo ser humano y a todo espacio. Lévinas por ello recurre a la *epojé*, a la búsqueda del *eidós* del nazismo. Necesita hacer una desconexión del mundo, cortar los hilos que le conectan para captar la definición antes mencionada. Si el *eidós* de la Democracia se basa en la libertad, que tiene espacio para recibir tanto demócratas como totalitaristas, fundamentalistas y radicales, el *eidós* del nazismo como encadenamiento no lo permite.

Este encadenamiento del que habla Lévinas es un arraigo completo al cuerpo. La dimensión biológica adquiere una importancia única y novedosa, y los temas de la sangre, el suelo, la herencia, pasan a ser un fundamento y principio de un sentimiento de pertenencia y arraigo que encadena al pueblo alemán:

Ese sentimiento de identidad entre el yo y el cuerpo —que, por supuesto, no tiene nada en común con el materialismo popular— no permitirá pues jamás a aquéllos que quieran partir de él encontrar, en el fondo de esa unidad, la dualidad de un espíritu libre que se debate contra el cuerpo al que habría sido engarzado. Para ellos, al contrario, toda la esencia del espíritu consiste en este encadenamiento. Separarlo de las formas concretas con las que desde ahora mismo se halla comprometido es traicionar la originalidad de un sentimiento del que conviene partir (p. 16).

Lévinas requiere hacer las comparaciones entre las esencias del cristianismo y judaísmo con el hitlerismo, debido a que las primeras proponen una superación del cuerpo, pues este les resulta siempre extraño y ajeno. Para el hitlerismo, cualquier pensamiento o “estructura social que anuncie una liberación con respecto al cuerpo y que no lo

compromete se vuelve sospechosa como una deslealtad, como una traición” (p. 17).

El arraigo al cuerpo, a la necesidad de tener un cuerpo físico, colectivo, y que éste del mismo modo dé cuenta ontológicamente de lo que uno es, es lo que significa el encadenamiento para Lévinas. Las preguntas por el yo y a los cuestionamientos de la identidad ya no son resueltas por la razón democratizadora de la Modernidad que ilumina a todos por igual.

La solución a la identidad, a la pregunta por el Yo, por saber quién soy y a qué pertenezco, para el hitlerismo radica en el cuerpo. La importancia del cuerpo es la importancia de la sangre, de la herencia genética, de la pertenencia y el arraigo al suelo, en este caso el suelo alemán. El ciudadano alemán, el verdadero alemán, lleva en su propia carne la herencia y la identidad con su raza y cultura. No puede permitirse la sospecha de perder su cuerpo o de una libertad más allá de este, no puede permitir que algo así le infecte. Señala Miguel Abensour:

La primacía del cuerpo biológico y la consecuente exaltación de la sangre y de la raza muestran un modo de existir específico; la situación a la que el hombre se encuentra *engarzado* constituye a partir de entonces el fondo de su ser y circunscribe paradójicamente su poder-ser (2001, p. 47).

La sociedad alemana, a los ojos y guía del hitlerismo, se vuelve una sociedad encadenada a su sangre, de ahí la necesidad de depuración. No puede haber una sangre infectada en esta visión que propone el hitlerismo: “Una sociedad de base consanguínea resulta de esta concretización del espíritu. Y entonces, si la raza no existe, ¡hay que inventarla!” (Lévinas, 2001, p. 17).

El espíritu alemán está arraigado, encadenado a su cuerpo. Es un espíritu materializado, hecho físico en la carne de su pueblo, y esto le exige no dejarse contaminar. Este hitlerismo por su encadenamiento al cuerpo, se encuentra en oposición directa y real con el pensamiento occidental de la Modernidad, pues según Lévinas, este último se encuentra estructurado de tal manera que la distancia entre el hombre concreto y el mundo de las ideas le proporciona la libertad de elegir su verdad o ninguna. Ve en el hitlerismo una mentira sobre la Modernidad, pues este hace ver la libertad de la Modernidad, de la razón

moderna como un desarraigo, una incapacidad de compromiso, de convicción, de crear valores espirituales a los cuales comprometerse. Ve una inautenticidad donde sólo se vive y se piensa por moda:

El pensamiento se vuelve juego. El hombre se complace en su libertad y no se compromete definitivamente con ninguna verdad. Transforma su poder de dudar en falta de convicción. No atarse a una verdad se convierte para él en no arriesgar su persona en la creación de valores espirituales. La sinceridad, tornada imposible, pone fin a todo heroísmo. La civilización es invadida por todo lo que no es auténtico, por lo sucedáneo puesto al servicio de los intereses y de la moda (p. 18).

Lévinas ve que el hitlerismo se levanta como la gran medicina a esta inautenticidad y falta de arraigo. La sociedad occidental, moderna, la sociedad de la Razón, y a su vez, cristiana, judaica, judeocristiana y demás vertientes, no tiene un contacto con su vitalidad, con su cuerpo, con su concreción, con su ser, o mejor dicho, con ser-ahí, con ese ser que acontece en el momento:

Una sociedad que pierde el contacto vivo con su propio ideal de libertad para aceptar las formas degeneradas y que, al no ver lo que este ideal exige por esfuerzo, se regocija en lo que aporta de comodidad; una sociedad en semejante estado recibe el ideal germánico del hombre como una promesa de sinceridad y de autenticidad. El hombre ya no se encuentra ante un mundo de ideas en el que, mediante una decisión soberana de la razón libre, puede elegir su verdad para sí; de ahora en adelante se halla ligado sólo a algunas de ellas como se halla ligado por su nacimiento a todos aquellos que son de su sangre. No puede jugar con la idea porque, salida de su ser concreto, anclada en su carne y en su sangre, ésta conserva su seriedad (pp. 18-19).

El hombre encadenado a su cuerpo ya no tiene escape de sí mismo. La verdad le viene dada, le es suya desde el principio, ya no hay más elección, razón o descubrimiento que el que está en su propia corporalidad, en su sangre y su herencia de familia, de pueblo, de raza. Sin embargo, para Lévinas, el problema no se queda en que hayan encontrado verdad, sino la manera de propagarla. De nuevo, en oposición a la verdad que se propaga por razonamiento, por persuasión, la verdad del hitlerismo se impone por la fuerza:

Aquel que la ejerce no se aparta de ella. La fuerza no se pierde entre aquellos que la experimentan. Está ligada a la personalidad o a la sociedad que la ejerce, las amplía subordinándoles el resto. Aquí el orden universal no se establece como corolario de la expansión ideológica: es esta expansión misma la que constituye la unidad de un mundo de amos y esclavos. La voluntad de poder de Nietzsche que la Alemania moderna recupera y glorifica no es sólo un nuevo ideal; es un ideal que aporta al mismo tiempo su forma propia de universalización: la guerra, la conquista (p. 20).

Tenemos pues, un escenario donde el hombre, encadenado a su corporalidad cuenta con una verdad dada y aceptada de manera ciega, que le compromete directamente con su dimensión vital, biológica, a nivel de procurar la salud y la pureza de su sangre, de su herencia y de su genética. Esto inmediatamente excluye al extranjero, pues este será incapaz de compartir este lazo que une a los que son comunes a su sangre, y de ahí, que a nivel de Estado, surja la exigencia primero de una depuración y posteriormente, una inmunización. La tanatopolítica cobra forma poco a poco, a medida que la propagación de la verdad de la sangre del pueblo alemán, partícipe de la filosofía del hitlerismo, requiere de la fuerza para hacer patente su mensaje, su espíritu de encadenamiento y arraigo.

Pero no nos detengamos aquí. Abensur profundiza en el encadenamiento, al señalar que la adherencia al cuerpo no sólo tiene implicaciones de vínculo nacional a través de la sangre común, sino que implica una aceptación de un pasado también común que ya no se aprehende, sino que se hereda:

Como si el poder-ser del *Dasein* se constituyese no en su apertura —he aquí lo paradójico—, sino en un encierro en sí mismo que ocuparía el centro de la vida espiritual. En esta nueva manera de existir, se conjugan más íntimamente la dimensión del cuerpo y la del tiempo, pues el cuerpo deja de ser vivido como extraño al yo (2001, p. 48).

Abensur, además, hace hincapié en que no es sólo la dimensión biológica del encadenamiento sino que hay una aceptación, una glorificación de estar engarzado, encadenado a este nuevo modo de ser y el valor de la nueva sociedad, cuya concepción del destino humano conlleva una aceptación de la verdad. Es aceptar el abandono del pen-

samiento moderno, por una verdad ya dada: “Aceptar el encadenamiento es dejar de jugar, es encadenarse a su identidad, a la verdad de esta identidad; es aceptar, asumir la seriedad de la historia y de la existencia” (p. 58).

El encadenamiento en el hitlerismo es el modo de existir más auténtico, pues asume de manera honesta, sincera, la historia y la verdad recibidas por herencia de sangre. Ya no es una verdad nómada, una verdad que es para todos, una verdad que cualquiera puede poner en duda; es una verdad que es ahí y sólo se participa de ella por derecho de nacimiento. Es poseer la verdad por el hecho de ser alemán. Esto sin duda desata el sentimiento de pertenencia que requiere el hitlerismo para hacerse de una “servidumbre voluntaria”. El vínculo ya no es por ideales universales compartidos por diálogo, por argumentos y persuasión racional, sino que el vínculo social se establece por comunidad de sangre.

3.

Con el apoyo del texto *El Mito Nazi* (2002) de Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, quiero profundizar en algunos puntos que enriquecen lo mencionado hasta ahora sobre Lévinas en el contexto de la Biopolítica.

Líneas arriba mencionaba cómo para Lévinas la adhesión al hitlerismo es un asunto honesto, sincero, una “creencia” que en palabras atinadas de Lacoue-Labarthe y Nancy, es una “adhesión del soñador a su sueño”:

Hace falta una creencia total, una adhesión inmediata y sin reservas a la figura soñada, para que el mito sea lo que es, o incluso, y si es posible decirlo, para que esa figura cobre figura. De ahí la consecuencia importante de que, para los “creyentes” en ese sentido, el sometimiento del pueblo a la creencia, el machaqueo simbólico-mítico, no sea sólo una técnica de eficacia, sino también una medida de verdad (p. 41).

Para nada incompatible con lo señalado por Lévinas, Lacoue-Labarthe y Nancy dan en el clavo al señalar que el encadenamiento al hitlerismo requiere una adhesión, una fe ciega que crea en el mito de la Sangre, pero esto no puede quedarse en lo abstracto, que caería de nuevo en lo moderno, sino que debe hacerse concreto, patente en la

sangre, que es donde la fuerza de la creencia se vuelve patente para aquél que se encuentra encadenado “al hecho de que el mito, o el sueño, tiene por naturaleza y por fin encarnarse en una figura, o en un tipo. Mito y tipo son indisociables. Porque el tipo es la realización de la identidad singular que porta el sueño. Él es a la vez el modelo de la identidad y su realidad presente, efectiva, formada” (p. 41).

Lo que Lévinas ha visto queda confirmado en el análisis del mito nazi, en el sentido de que la construcción de un mito con una dimensión física, patente, demarca su constitución y fuerza contra mitos que se construyen en tradiciones abstractas sin suelo. El mito le viene a dar su unidad a la fuerza antes dispersa. El absoluto, aquélla totalidad deja de ser para el encadenado al hitlerismo algo ajeno, sino que se convierte en “la proyección de una imagen con la cual uno se identifica” (p. 40).

Con un tipo constituido como una “identidad singular absoluta y concreta” (p. 42), surge por oposición, según Lacoue-Labarthe y Nancy, el *anti-tipo*. Si bien Labarthe y Nancy apunta al judío, podemos extender este término un poco más en el sentido de referir a todo pueblo errante, sin cultura propia (a los ojos del hitlerismo), sin religión. Este tipo de hombre y de pueblo, indican Lacoue-Labarthe y Nancy, es el del universal abstracto, en oposición al hombre de la identidad singular y concreta. Nuevamente, encontramos concordancia con Lévinas al tema del rechazo a la modernidad. Señalan Lacoue-Labarthe y Nancy al respecto, mostrando la necesidad del hitlerismo de la creación de un mito:

Es preciso despertar la potencia del mito frente a la inconsistencia de los universales abstractos (de la ciencia, de la democracia, de la filosofía), y frente al hundimiento (consumado con la guerra de 14-18) de las dos creencias de la época moderna: el cristianismo y la creencia en la humanidad (que son, por ende, y sin duda, aunque Rosenberg no lo diga, mitos degenerados, y quizás “judaizados”, en todo caso exangües, propios de una época que ha perdido el sentido de la raza, el sentido del mito) (p. 43).

El mito es necesario para el hitlerismo, pues es una potencia lo suficientemente enervante para mover a un Estado que requiere unidad. Una vez constituido un mito y una concretización del mito en un tipo, aparece una mística atinadamente señalada no como asunto espiritual,

sino como una experiencia vivida, vital. Esto se da a través de la dependencia que la raza y el pueblo tienen de la sangre y suelo, *Blut und Boden*.

Por último no hay que dejar pasar el señalamiento de Lacoue-Labarthe y Nancy, en el cual indican que el arte es a partir de los griegos una religión para Europa en sí, es un arte que engendra vida: “arte, y así del cuerpo, del pueblo, del Estado como obras de arte, es decir, como formas cumplidas de la voluntad, como identificaciones acabadas de la imagen soñada” (p. 47).

4.

Hasta este punto tenemos un marco biopolítico delimitado, donde el discurso nos permite interpretar al Estado como un cuerpo vivo. Este Estado se compone por individuos comprometidos encadenados al hitlerismo. Este encadenamiento, que requiere de un fundamento vivo, una creencia vital y personal de cada individuo, se ve constituido por el Mito que el propio hitlerismo ha construido para encadenar al pueblo. El mito nazi se fortalece al interior de Alemania como el único mito, dando la espalda a la razón moderna que ofrece democráticas abstracciones universales. El pensamiento del hitlerismo, del nazismo queda cerrado en sí mismo en un egoísmo que no admite nada más que lo que es similar a él. Se ve necesitado de purga, exige para sí una salud que le remueva y prevenga de la infección de lo extranjero que le invade y le desarraiga, que le quita la vivencia del *Blut und Boden*.

El hitlerismo que analiza Lévinas permeó toda la actividad alemana en la época del Tercer Reich. Desde la arquitectura hasta la medicina, producción científica, tecnológica, moda, deporte, etcétera, fueron influenciados por este sentimiento de pertenencia, de encadenamiento a la sangre y al cuerpo alemán. Heidegger, desde la trinchera filosófica, realizó su parte. Después de lecturas como la de la conferencia dictada en Roma el 8 de abril de 1936, tenemos suficientes elementos para dudar de que su adhesión al partido fuera un mero asunto de moda, un accidente, o un trabajo realizado con poco interés.

Desde el contexto planteado de la mano de Espósito, quiero revisar algunos párrafos del texto de Heidegger, para llegar a las conclusiones finales del presente ensayo. Inicia Heidegger indicando que: “Diremos algo aquí, por un instante, de la filosofía alemana y, por tanto, de la

filosofía en general” (2000, p. 145). Dejando demarcado en primera instancia, que al parecer, sólo la filosofía alemana es la única filosofía que existe en Europa. Prosigue indicando que es necesario salvar a Europa o afrontar su destrucción, más que dicha salvación implica dos cosas: “1. La conservación del pueblo europeo ante lo asiático; 2. La superación de su propio desarraigo y dispersión” (145).

Surge una pregunta inmediata, primero, ¿de qué hay que salvar a Europa?, o en este caso, al menos, a Alemania. Si Europa necesita ser salvada, se asume un peligro. Esto en el contexto de la biopolítica, remite a una salvación primero como curación, y posteriormente como inmunización. En seguida, surge el término de “lo asiático”, que es una referencia a lo judaico, a lo extranjero. Lo asiático como lo semítico, lo que viene de oriente, errático, carente de patria, nómada, sin raíz propia, de nuevo, acentúa el carácter biopolítico de esta conferencia, siendo desde el principio, el primer tema a tratar por Heidegger. Pareciera que el conflicto es el desarraigo dentro de Alemania, y de Europa en general.

Queda acentuada en el transcurso de la conferencia la necesidad de salvar a Europa, la exigencia no sólo culturalmente, sino geográfica y espacialmente: “De tal forma que, ponderamos sólo lentamente y de un modo aproximativo, qué extensión espacial y qué profundidad se le ha exigido a nuestra existencia histórica, para preparar e introducir el gran cambio en la historia europea” (p. 146).

Esto, sin embargo, implica una superación de la filosofía que en ese momento imperaba en Europa, pues resulta ser un impedimento para la reconstrucción del pueblo alemán como tal, ya que el pensamiento filosófico con el que Heidegger se enfrenta carece de existencia histórica. Dicho pensamiento filosófico es el que proviene de la modernidad:

Mas ¿qué puede y debe hacer allí la filosofía? La cuestión parece superflua, si pensamos que la filosofía no ha fundado ni construido nunca de forma inmediata una existencia histórica. Ella aparece más bien como un agregado y un exceso, y ante todo, un impedimento. Sin embargo, al final, es justamente allí donde reside su determinación (p. 146).

El recurso que realiza ejemplificando con los griegos es para apuntar a dos teorías de la verdad, una sobre lo nuevo y otra sobre la repetición:

Y ¿qué es esto uno y mismo del que la filosofía constantemente habla, en aquella búsqueda pensante, y con el que el entendimiento del hombre sano nunca logra avenirse inmediatamente? La respuesta a esta cuestión la extraemos, de igual forma, de la primera gran época de la filosofía occidental. Ahí oímos el dicho más antiguo que nos ha sido legado inmediatamente desde el inicio de la filosofía griega (p. 147).

Heidegger entra a un terreno donde ya no caben las ideas. Aquí es la resistencia hermenéutica y ontológica oponiéndose al cambio. Se busca pasar de la *polis* moderna a la *physis* pues en la primera hay ideas, críticas y puntos de vista sin suelo. Aquí es antimoderno se busca la vuelta al suelo:

Se ha preguntado por el “de dónde” surge el ente y “hacia dónde” retrocede por el fundamento y abismo del Ser [*Sein*]. Y del Ser se dice, que es dominado cabalmente por el desajuste y el ajuste, y que aquél permanece unido a éste” (p. 147).

Hay que hacer abstracción de lo que habíamos entendido como el nacimiento de la filosofía. Los griegos han hecho abstracción para hablar de principios universales. De ahí que parece que la lectura de Heidegger está de algún modo intencionada, ya que él está buscando con cuidado para encontrar el origen. Es como dejar de lado la abstracción griega, para poder apuntar únicamente a la importancia de la *physis* como suelo de la auténtica filosofía:

Esta referencia hecha a la esencia de la filosofía con ayuda de ambos relatos y del dicho más antiguo, es un recuerdo del inicio de la filosofía. Este inicio no lo ha dejado atrás, por tanto, ninguna filosofía como algo ya liquidado; al contrario, todo nuevo inicio de la filosofía es y puede ser únicamente una repetición del primero un replantear la cuestión de: qué sea el ente —un decir de la verdad del Ser (p. 148).

Así mismo, hay un replanteamiento del inicio, uno que tiene que ver con Grecia, y un segundo inicio que será en Alemania. No se habla de otra Alemania en el texto más que la que está en peligro, y no hay alusión a otras culturas históricas en este sentido de peligro:

Es por ello que, si queremos aprender siquiera a vislumbrar algo del camino de la filosofía alemana, tenemos que saber algo esencial del inicio

de la filosofía griega. Entendemos aquí por primer inicio en los griegos, la época de la filosofía que va desde Anaximandro hasta Aristóteles (p. 148).

Para Heidegger, es importante que el principio de la filosofía occidental, la filosofía alemana se encuentre en la comprensión de las palabras que usaron los griegos para el Ser y la Verdad, pues de ahí proviene la fundación de la filosofía. El error es pensar que la *physis* es sólo el estudio de la naturaleza. Pareciera que más bien son filósofos del origen, y no filósofos que versaban sobre la naturaleza, mucho menos una naturaleza del punto de vista universal:

La palabra griega fundamental para el ser se reza *physis*. Nosotros la hemos traducido comúnmente por “naturaleza”, y pensamos con ello, la naturaleza como aquel recinto determinado del ente que es investigado por la ciencia natural; y por esto, se llama todavía a los primeros pensadores griegos, en la actualidad, “filósofos naturales”. Todo lo cual no es más que una desorientación. La que es dispensada luego con la aparente superioridad y bravucona opinión de aquellos que vinieron después, de que los primeros eran todavía muy “primitivos”. Mas todo esto de la filosofía natural como inicio de la filosofía griega no es más que un malentendido y conduce a la desorientación (p. 148).

Tanta importancia adquiere la *physis* pues, para Heidegger, esa es “la esencia del ser en cuanto que el ponerse ahí mostrante” (p. 149). Heidegger insistirá en la relación entre el ser, la verdad y la temporalidad situada, de ahí que se ha necesitado el recorrido por el origen de la filosofía y la redefinición de *physis* para llegar a esta esencia del ser en cuanto que el ponerse ahí mostrante en una temporalidad. Esto permite llegar al punto requerido para la salvación de Europa:

En la medida que formulemos nuevamente la pregunta fundamental de la filosofía occidental a partir de un inicio más originario, nos pondremos solamente al servicio de la tarea que designábamos como la salvación de occidente. Ella puede llevarse a cabo únicamente como una readquisición de los lazos originarios con el ente mismo y como una nueva fundación de toda acción esencial de los pueblos respecto de estos lazos (p. 152).

Si seguimos la línea argumental trazada en el marco de la biopolítica y la filosofía del hitlerismo surge el encadenamiento, al exigir la

readquisición de los lazos originarios con el ente mismo, es decir, replantear los fundamentos de la acción concreta de los pueblos en el encadenamiento al origen, a lo ya dado. La verdad no puede estar afuera, errante, se necesita arraigada a un sitio, de ahí la importancia de la *physis* y su redefinición.

Al mismo tiempo, la actitud que tomaría un pueblo, según Heidegger, respecto de la verdad, para nada entra en conflicto con lo detectado y descrito por Lévinas, pues el encadenamiento lleva a una sumisión a la verdad dada y heredada, frente a una verdad dudosa proveniente de la razón:

Desde el callar y el poder callar, empero, surge recién la palabra esencial, bien que, el lenguaje mismo.

Este saber no se disputa con la voluntad. Una gran voluntad del ser individual y de un pueblo es grande únicamente, en la medida de lo profundo y esencial que sea el saber que le guía. Un verdadero saber es voluntad auténtica y viceversa. Y un saber desencaminado no se le supera en la medida que se renuncie al saber y se le desacredite, sino, a la inversa, sólo de tal manera que sea aniquilado por un saber auténtico y fundado.

Querer saber es la lucha por lo verdadero. Lo esencial de todo verificar es la verdad misma (p. 153).

Finalmente, concluir que la verificación y la verdad se encuentran emparentadas, bajo el nombre de “lucha” me parece algo delicado. Heidegger cierra esta conferencia citando a Heráclito, hablando de cómo la lucha es un efecto generador, que la lucha da origen en este contexto, a la vida, y que sitúa en sus posiciones a los amos y a los esclavos. Si bien ha insistido tanto en el uso incorrecto de *physis*, para plantear un sentido más concreto donde se exige un replanteamiento del origen basado en el arraigo a un sitio y una aceptación de un saber auténtico que conduzca las acciones de un pueblo por la búsqueda de una verdad que le es dada, ¿porqué entender esta palabra de “lucha” en un sentido metafórico únicamente, y no como una acción concreta que pretenda la salvación de Europa portando el estandarte de la Verdad más originaria, más auténtica?

Recapitulando, y a modo de cierre, vuelvo en los pasos del presente ensayo: la filosofía del hitlerismo es definida por Lévinas como encadenamiento. Este encadenamiento es el arraigo al propio cuerpo,

entendido en dos dimensiones, al cuerpo físico de cada individuo que se reconoce como heredero de un legado de sangre, Mito vivo y encarnado que está ahí, y a la vez, como el arraigo al cuerpo de un Estado nación, donde sus individuos comparten el rasgo común de consanguinidad lo cual excluye toda influencia extranjera. Es al mismo tiempo, una aceptación ciega lo una verdad dada, heredada y conferida desde el nacimiento. Se nace con esta verdad, se acepta y se difunde por medio de la imposición, de la fuerza, pues esta verdad se demuestra a sí misma en la propia corporalidad y no se pone en duda como la verdad de la razón moderna. Es la creencia en el mito necesaria para que este funcione y llegue al nivel de ser un mito encarnado en un pueblo, en su *Blut und Boden*.

Lévinas ha planteado esto desde su análisis de la filosofía del hitle-rismo, y el haber retomado la conferencia de Heidegger en páginas anteriores tuvo como finalidad demostrar que desde la trinchera filosófica hubo apoyo a dicha noción de encadenamiento. La insistencia de Heidegger en la redefinición de *physis*, o más bien, en su correcto uso tenía como finalidad llegar a un ente concreto, que asuma una verdad de manera sometida pero gozosa en el sentido de ser portador de una verdad fundamentada en orígenes claros, fuertes, que no dejen lugar a conflictos o confusiones de una modernidad que no ha sabido leer el pasado.

La verdad de Heidegger se vuelve una verdad de herencia, que a su vez, en la acción concreta invita a una lucha que debe situar a los amos y esclavos en sus respectivos sitios. Esta lucha es por la salvación de Europa, la oposición contra lo asiático mencionada al principio de su conferencia.

Lo anterior en el marco descrito por la biopolítica, conduce a una tanatopolítica, en el sentido de reconocer primero una aflicción en el cuerpo de un Estado o Nación. Una vez diagnosticada la enfermedad, es menester ofrecer una cura, una restitución de la salud. Si está el caso de una degeneración del tejido social, por una infección cuyo avance ha sido detectado, se requiere la remoción completa del material dañino; en un segundo paso, la curación requiere inmunización, es decir, una prevención a futuro de que la enfermedad no se presente de nuevo.

Al diagnosticar Heidegger la enfermedad de Europa, y demandar en un primer punto la conservación del pueblo europeo ante lo asiático, superando el desarraigo y dispersión (características de lo judaico), podemos pensar en el apoyo al hitlerismo, cuya esencia de encadenamiento, lo que busca es arraigo a la sangre, a la herencia, a un origen fundamentado y situado, en este caso geográficamente. El apoyo intelectual se convierte en una justificación para las medidas biopolíticas de restitución y conservación de la salud de un Estado, que en este caso, han llevado a las medidas tanatopolíticas tan graves que tuvieron lugar en Alemania.

El problema radica en el caso de Heidegger, en que este tipo de conferencias y trabajo intelectual que el filósofo realizó genera dudas sobre su pensamiento, y es necesario el examen riguroso de su trabajo para determinar en qué manera y medida efectivamente ha cedido su apoyo a un régimen biopolítico que pretendió el bienestar de su Estado a costa del exterminio de lo extranjero. Sí bien es importante tener una justificación teórica de los actos políticos, es decir, un soporte intelectual a los actos que se realizan en un Estado, no es admisible que el trabajo filosófico sea usado como una herramienta que intencionadamente busque justificar, apoyar o favorecer una tanatopolítica, la exigencia de conservar la vida por medio de la muerte.

Referencias

- Abensour, M., 2001, "El Mal elemental", en Lévinas 2001.
Espósito, R., 2006, *Bíos, Biopolítica y filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires.
Heidegger, M., 2000, "Europa y la filosofía alemana", en *Revista Mapocho*, no. 47, Dirección de bibliotecas, archivos y museos, Santiago de Chile.
Lacoue-Labarthe, P. y J. L. Nancy, 2002, *El Mito Nazi*, Anthropos, Barcelona.
Lévinas, E., 2001, *Algunas reflexiones sobre la filosofía del Hitlerismo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.